

Viollet-le-Duc y la restauración arqueológica en el Valle de México: una revisión

DANIEL SCHÁVELZON

Resumen:

El Templo Mayor de México fue restaurado, y siguen sus obras. Pero en ninguno de los mil libros sobre él se definen los criterios que determinaran que se lo hiciera de una manera y no de otra. Y en ese caso el por qué se tomaron esas decisiones. La arquitectura del Valle, desde Teotihuacan, Tenayuca, Teopanzolco y tantos otros casos, se restaura dejando liberadas las escaleras, cosa que jamás se haría en ciudades mayas o zapotecas o de la región costera. Este criterio se remonta a una "mirada" de los hallazgos hecha por Leopoldo Batres en Templo Mayor en 1900 y que puso en evidencia material Manuel Gamio. Luego la concretó José Reygadas Vértiz. Pudo hacerse en Teotihuacan con la apropiación de un método teórico, la estratigrafía. Gracias a esa nueva forma de entender el pasado, Reygadas Vértiz y su ayudante Ignacio Marquina, como ingenieros y arquitectos, lograron definir el método para consolidar esas estructuras. Quedó así instalado el método hasta la actualidad. La decisión de cómo restaurar y mostrar el edificio no es "natural", ni casual, ni obvio, es el resultado de un posicionamiento conceptual definido que espera ser estudiado en profundidad. Este texto analiza algunas restauraciones de sitios prehispánicos en México a la luz de las ideas de Viollet-le-Duc.

Palabras clave: *Viollet-le-Duc, Templo Mayor, restauración, México, arquitectura prehispánica*

Abstract:

The Templo Mayor of Mexico was restored, and the works continue. But nowhere in the thousand books about it can one find the criteria determining why it was done in one way and not another. The pre-Columbian architecture of the Valley of Mexico, including Teotihuacan, Tenayuca, Teopanzolco and many other cases, were restored by liberating the superimposed stairs, something which would have never be done in Mayan or Zapotec cities or in the coastal region. This criterion goes back to a proposal by Leopoldo Batres at the Templo Mayor in 1900 and evidenced by Manuel Gamio. It was then concretized by José Reygadas Vértiz. This was possible in Teotihuacan through the use of a new theoretical method, stratigraphy. Thanks to this new form of understanding the past, two of the members of Gamio's team Reygadas Vértiz and his assistant Ignacio Marquina, as engineers and architects, were able to define a method to consolidate those structures. This method is still currently used. The decision of how to restore and display a building is not "natural", nor casual, nor obvious. It is the result of a well-defined conceptual positioning, which still needs to be studied in depth. This article analyses a series of interventions at pre-Columbian sites in Mexico, in light of Viollet-le-Duc's ideas.

Keywords: *Viollet-le-Duc, Templo Mayor, restoration, Mexico, pre-Hispanic architecture*

Introducción: ¿quién fue el primero?

La historiografía de todo campo del conocimiento es una construcción, es un "canon" de libros, estudios y ejemplos que justifican —y estructuran— lo que se está estableciendo como adecuado, correcto, lo que debería ser. No es una historia en el sentido de anterioridad sino de contemporaneidad: es lo que justifica un quehacer. Es presente y no pasado, eso viene después.

La restauración nació, se estableció y se hizo en América Latina sin Viollet-le-Duc o Mérimée. Ellos fueron quienes crearon el paradigma que luego tendrá éxito por mucho tiempo y que se trasladó a México cuando las experiencias lo necesitaron, pero no antes. Viollet-Le-Duc hizo obras impresionantes, escribió sobre ellas y construyó la teoría que abalaba y justificaba

lo hecho: fue un genio. Hoy los estudiantes de restauración del mundo, y en América Latina como buenos consumidores de las teorías exógenas, los estudiamos y los tomamos como *precedentes necesarios*, como historia propia, como si los restauradores locales se hubieran basado en ellos. Una historia que es parte del “canon fundacional”, como John Ruskin y sus *Siete lámparas de la arquitectura*. Es más, borramos a sus predecesores europeos y hasta hay quien se anima a pensar que Viollet-le-Duc fue el iniciador de la restauración..., notable. Como si él no hubiera seguido lo que muchos otros habían recorrido antes, una necesidad socialmente impuesta desde antes. La diferencia fue en hacer todo a la vez, al lograr sintetizarlo y mostrarlo como método, teniendo poder, dinero e inteligencia, logrando procesar el conocimiento y publicarlo en volúmenes monumentales pero que poco le dedican a la restauración. Gracias a ello se subió solo al merecido pedestal. ¿Alguien ha visto que en su gran *Diccionario*, Le Duc sólo dedica a la restauración unos renglones? En realidad Viollet-le-Duc era el rescate, el *revival*, el neogótico, el neomedievalismo de su tiempo iniciado a finales del siglo XVIII por Horace Walpole y sus amigos. O más aun, era el revivir lo que la Edad Media pasó a significar y eso no venía de la arquitectura, era un fenómeno cultural mucho más grande.

Viollet-le-Duc lo dijo:

Fue sólo a partir del segundo cuarto de nuestro siglo cuando se ha pretendido restaurar edificios de otras épocas, y no sabemos que se haya definido de manera clara la restauración arquitectónica. Quizás sea oportuno hacer un balance exacto de lo se entiende o lo que se debe entender por una restauración, ya que al parecer se han producido numerosos equívocos por el sentido que se atribuye o que debe atribuirse a esta operación (...). Ninguna civilización, ningún pueblo, en los tiempos pasados ha concebido las restauraciones como nosotros las entendemos hoy (Viollet-le-Duc, 2017: 72).

Cuando se construyó la historia de la restauración, es decir, después de la posguerra europea, había que tener héroes, fundadores, pioneros esforzados. Si no, no era una verdadera historia, había que tener un camino que mostrar como valedero, como más adecuado que los otros, finalmente un evangelio: “Yo soy la verdad y la vida, bienaventurados...”. No casualmente Viollet-le-Duc decía que otros antes sí lo hicieron, aunque diferente, pero en el presente todo se desdibuja. Sirva de ejemplo que en la posguerra se construyó la historia del arte moderno –y es sólo un ejemplo–, y el proceso fue muy similar. ¿Alguien puede arrogarse o ser sindicado como el *inventor* (iniciador) del arte moderno? ¿Alguien puede seguir pensando que, como nos decía Herbert Read, Picasso y sus *Señoritas de Aviñón* iniciaron la modernidad con un cuadro que nadie conoció hasta muchos años más tarde (Picasso se negaba a mostrarlo y los agregados cubistas son tardíos) y por ende no influenció en nada ni en nadie? ¿O era lo que el historiador pudo encontrar para marcar un momento, lugar y persona determinada, para mostrar el cambio ocurrido, sólo un ejemplo? ¿Por qué no fueron otros los que ocupan el lugar, aunque con menos publicidad, pero que hicieron lo que hoy entendemos como “arte moderno” incluso antes que él o al mismo tiempo? ¿Por qué no entenderlo como un movimiento de varios participantes? Desde que se publicó el gran libro pionero de Augusto Molina en 1975 sobre historia de la restauración parecería que todo comenzó en Europa y un día, no sabemos cómo, se trasladó aquí y siguió creciendo. Lo que nadie ha demostrado es que ese puente haya siquiera existido. Ojalá lo demuestren.

Siempre fue extraño que si bien la arqueología es hija (o nieta) de la Ilustración, se creyera que lo había sido del Positivismo. Claramente podríamos mostrar que se remonta al Renacimiento, pero eso es mucho esfuerzo que ya han hecho otros. Esos son conflictos que aún continúan en el campo teórico y eso es bueno. El problema era que en 1945 no sólo se sabía poco sobre

los orígenes del tema, sino que no estaba bien visto por la historiografía europea retrotraerse tan lejos: había que terminar de romper con el Positivismo, incluso con el Neopositivismo, que finalmente los había llevado de la Primera Guerra a la Segunda con el Tratado de Versalles al medio. Había que explicar por qué los habitantes de Varsovia decidieron reconstruir su centro histórico —como en algunas otras ciudades—, mientras que en la enorme mayoría se decidió por otras opciones, desde hacer una ciudad absolutamente moderna o una ciudad acorde a una postura política o social vigente como el Alemania o Rusia. La polémica si reconstruir o no la catedral de Coventry era el tema y Viollet-le-Duc ya no podía estar en la decisión. Se necesitaba una historia que justificara las decisiones del presente.

¿Intelectualidad o pragmatismo?

Cuando se iniciaron las primeras obras en América Latina en la década de 1880, como Copán en Honduras, o Mitla y Teotihuacan en México, por citar casos ya historiadados, unas fueron obras de museos o universidades de Estados Unidos, o hechas por un Porfirista educado en Francia las otras. ¿Habían leído y no citaron jamás a Viollet-le-Duc y/o a Mérimée?, ¿o ni siquiera supieron que existían? Es cierto que entendían que lo que hacían era algo “europeo” como tradición, ideas sobre el patrimonio aún no bien definidas que estaban rondando en el aire —finalmente eran un museo o un inspector de monumentos—, pero sin antecedentes locales y jamás citaron bibliografía alguna. Interesante. El caso del inspector fue el más obvio que imitaba una tradición francesa, pero no tenemos evidencia de que haya habido algo más. Allí el tema pasaba por los monumentos históricos, aquí por los arqueológicos, eran universos muy diferentes y las experiencias no eran trasmisibles. Y como el Inspector era Porfirista nadie le dedicó jamás una buena biografía, cerrando el círculo.

En síntesis, es muy posible que Leopoldo Batres al intervenir en esas dos ruinas a partir de la década de 1880, o al menos en Mitla como primer caso, haya bebido de fuentes francesas de donde trajo su doctorado. Que haya visto, leído u oído de casos y ejemplos; es posible, pero no actuó por esos motivos ni de esa manera, sino motivado por un motor mucho más profundo: la construcción de la identidad nacional que propugnaba el Porfiriato usando el mundo prehispánico. El nacionalismo no fue un invento revolucionario, el cambio fue establecerlo como política, incluso como justificación de políticas. Pero, ¿usarlo para una obra de la escala de la pirámide del Sol en Teotihuacan? ¿Qué hubiera hecho Viollete-Le-Duc ante tamaño desafío, ante lo desconocido? Recordemos que la arquitectura gótica que restaura Viollete-Le-Duc estaba en gran parte en uso, había catedrales que seguían en obras tras diez siglos, eran construcciones habituales para ellos, pero... ¿una pirámide?

Lucha de poderes, restauración y a quién hay que olvidar

La vertiente de las universidades y museos norteamericanos, en este caso el *Peabody*, fue tan pragmática como Batres y leer los informes escritos hacia 1890 es entender cómo se experimentó cada paso —realmente no sabían cómo hacer lo que tenían en mente—, y es toda una experiencia histórica esa relectura. El problema que cargaron ambos fue el futuro: a Batres lo borró la Revolución que lo transformaría en el monstruo de la arqueología hasta que la historia mostró realmente quién fue y lo que hizo. Batres fue Porfirista y por ende anti-Madero y contra la Revolución acerca de la cual jamás se pronunció, sino sobre quienes lo dejaron de lado.

Los norteamericanos pasarían, con justa razón o no, a ser los grandes explotadores del Capitalismo; y si bien es cierto el papel hegemónico en la economía que tenían las empresas, sin la *United Fruit* sitios como Quiriguá o Copán estarían saqueados hasta la inexistencia. Nada justifica nada; si Morley se puso contento porque en los primeros años del siglo pudo guardar la nariz de una estela en la caja fuerte de la *United Fruit*, rescatarla años más tarde y pegarla, eso no quita la responsabilidad de la empresa sobre la economía

y la política de Guatemala u Honduras. Y por ende sus trabajos arqueológicos también lo borró la historia (Dorothy H. Popenoe es buen ejemplo de ese proceso). No olvidemos que la primera restauración de Guatemala en 1910 la financió esa empresa (además de tres años de campaña arqueológica). Pero como dice el viejo refrán español “A cada chanco le llega su San Martín” (fiesta en que se comen esos animales), también a Byron Cummings cuando restauró Cuicuilco le llegó Ignacio Marquina en 1922 y lo denostó con la mentira de haber usado dinamita, perdiéndose la posibilidad de ver un buen trabajo, mismo truco que se usó con Batres. Pero cada uno se abre camino como puede: a Gamio se lo recuerda por su proyecto antropológico no por haber sido corrido del país por corrupto e irse a trabajar con la Carnegie y a Estados Unidos, los supuestos capitalistas explotadores. Ni por publicar como propio los trabajos de sus dos predecesores en Teotihuacan, Batres y Francisco Rodríguez. Como dice otro refrán “Uno cuenta las ganancias, no las pérdidas”.

Manuel Gamio instaló la figura de Batres como la cabeza de todo lo malo, negativo y equivocado y obviamente para tener sobre quien enfrentarse y mostrar que se estaba en una etapa superior. La Institución Carnegie, la que Gamio autorizó a trabajar en Chichén Itzá en 1924 fue la que estableció el primer conjunto experimental de restauración de arquitectura del continente, pero fue a condición de que Morley hiciera trizas a Batres en una gran revista de Estados Unidos. Y de paso destruir al otro “malo”, Edward Thompson –lo que no aceptaron–, quien si bien fue un maldito desgraciado nadie evaluó al menos hasta recientemente su trabajo de arqueólogo. En cambio la Carnegie había destruido el Palacio de Uaxactún para estudiarlo “científicamente”, levantando estrato por estrato hasta que no quedó nada más que el suelo. Batres reconoció que la idea de restaurar (o de investigar por dentro) la pirámide del Sol fue de Justo Sierra ¿Y ese célebre indigenista yucateco y que tanto hizo en el tema, no fue ministro de Porfirio Díaz? El Ateneo de la Juventud del que se vanagloriaba Vasconcelos, ¿no era el motor intelectual del Porfiriato?

La tradición de restaurar fachadas superpuestas (el Templo Mayor, de Batres a Matos)

Quien visita el Templo Mayor se encuentra frente a una obra monumental, restaurada. Mucho se podría decir sobre ese ejemplo único en el continente, del que se ha publicado hasta el cansancio acerca de lo hallado, pero casi nada o nada realmente, se ha dicho sobre las decisiones teóricas y metodológicas de su restauración, los criterios adoptados. Y eso llama mucho la atención más cuando su responsable, Eduardo Matos, fue quien llevó adelante lo más fuerte de la lucha de los finales de la década de 1960 contra la reconstrucción sin evidencias. El Templo Mayor no se restauró de esa forma ni porque era la única manera de hacerlo, ni porque era la adecuada y/o correcta, sino por la toma de una decisión basada en un criterio, el que tiene una larga historia: se asumió la continuidad como una de las maneras de restaurar (y reconstruir) edificios definidas para el valle de México desde Batres hasta hoy. No se restauró como si fuera la zona maya ni la zapoteca ni la costa ni tantos otros sitios, se optó por un criterio y se descartó a los demás, fue una decisión, una opción. No existe la restauración sin teoría. La decisión de usar el conducto de 1900 de aguas servidas como circulación –idea genial– obligó a una mirada frontal del Templo coincidente con la antigua. Y hoy se cambia el acceso al conjunto para reforzar esa mirada que no es diferente a la que los aztecas hicieron y la que los españoles dibujaron porque era lo que veían y lo que tenían que ver. El resto sigue siendo mirar medianeras. Porque el usar el conducto fue lo que le permitió a Batres hacer el primer estudio con que esta historia comenzó.

El método y sus necesidades conceptuales

El problema de cómo restaurar un edificio prehispánico se inició en otro campo: con el conflicto de las superposiciones. Si el edificio estaba íntegro o al menos se veía lo que hoy sabemos que era su última etapa, era una obra que no se diferenciaba mucho de hacer una obra de

arquitectura: la reposición de sillares en Xochicalco hecha por Batres, una obra de enorme importancia en la historia de la restauración (1910-1911), fue casi una anástilosis moderna. Lo de Mitla treinta años antes también: si se había sacado algo alguna vez y quedó por ahí, entonces se lo colocaba en donde iba porque eran sillares. Hubo errores, los basamentos fueron una metida de pata, pero son errores mucho menores que los de Sir Arthur Evans en Creta en los mismos años. Sin duda Batres, y sin saberlo, estaba a la vanguardia internacional: Viollet-le-Duc se hubiera asombrado de ver sus trabajos.

Si los indígenas habían usado un sistema constructivo que consistía en colocar un edificio sobre el otro todos al mismo tiempo, esa idea estaba vigente y no había otra explicación a esa situación extraña e inexplicable, nada mejor se podía hacer. Batres en su libro de Monte Albán (excavado en 1902) hizo un esquema muy claro llegando a la conclusión de que cada cuatro metros los antiguos constructores hacían un muro encima de otro. Podemos entender hoy el error pero nadie había dicho otra cosa antes: la idea de que fuesen épocas diferentes, construcciones distintas que aprovechaban la obra y se apoderaban de su significación surgió hacia 1905. Es más, creemos que en Batres el tema le generaba resquemores y las obras que hizo en los Edificios Superpuestos de Teotihuacan (que Gamio luego olvidaría de decir quién lo hizo), mostraba en su ejecución que existían dos etapas constructivas, y sostuvo la de arriba con columnas y vigas de hierro. ¿Le hubieran servido de algo los libros de arquitectura medieval de Viollet-le-Duc? ¿Sus consejos, más allá de cómo manejar una obra de arquitectura antigua con cuidado y respeto le hubieron sido útiles en Teotihuacan? El haber enfrentado la Pirámide del Sol en 1905 levantando el escombros para llegar al supuesto segundo muro o pared (etapa diríamos hoy) y consolidarla, ¿no era el mejor método y único existente? ¿Podemos pedir hacia atrás que hubiera imaginado que en realidad le faltaba el recubrimiento y que ya estaba dentro del núcleo expuesto? Él mismo lo vio y dejó la evidencia con los “contrafuertes” a la vista en los laterales, que reconoció, pero no entendió porque no excavó bien las esquinas. Fue una de las obras más significativas de la historia de la restauración en el mundo, acorde a su momento histórico. Lo que le falló fue el futuro y un invento genial para la restauración: la estratigrafía y el concepto de temporalidad.

Leopoldo Batres en el Templo Mayor

En 1900 Batres se enfrentó a otro desafío: el Templo Mayor, y entendamos lo polifacético de su figura. El tendido del desagüe mayor de la ciudad por la que se llamaba “la calle de las escalerillas”, sin entender que eran las del Templo, comenzó a arrojar objetos de todo tipo. Obviamente no era posible imaginar que estaba en tan buen estado y nadie tampoco hacía obras de rescate o salvamento, lo que aún no se había inventado. Ni aquí, ni en Europa. Por eso cuando Batres y su hijo comenzaron a ir a juntar objetos no estaban haciendo nada diferente a lo que se hacía en todas partes; es más: emprendió la enorme tarea de rescatar el tzompantli y trasladarlo piedra por piedra todo al Museo Nacional donde aún hoy nos asombra. Trabajaba en una zanja que se iba abriendo, y fue relevando cada etapa constructiva que veía (superposición en realidad, sistema constructivo como él suponía) y sus dibujos fueron la base que sentó una manera de ver y entender los edificios del Altiplano por el siglo siguiente. Esa planta fue el inicio de las restauraciones que hasta hoy sigue el Templo Mayor y que hicieron y hacen los que trabajan en la región. Puede parecer exagerado, pero quienes vinieron después tuvieron ese libro como bibliografía única. Es decir que cuando llegó la Revolución en 1910, y contradiciendo mis propias palabras en libros precedentes, México ya tenía enormes obras hechas, una arqueología establecida, una inspección oficial buena o mala pero pública y existente, una legislación estricta (no se le permitió ni siquiera a Alfred Maudslay excavar en el país), un método de trabajo y buena experiencia. Que eso se basara en cosas que el futuro demostraría que estaban equivocadas, es la larga de historia de los cambios de paradigmas.

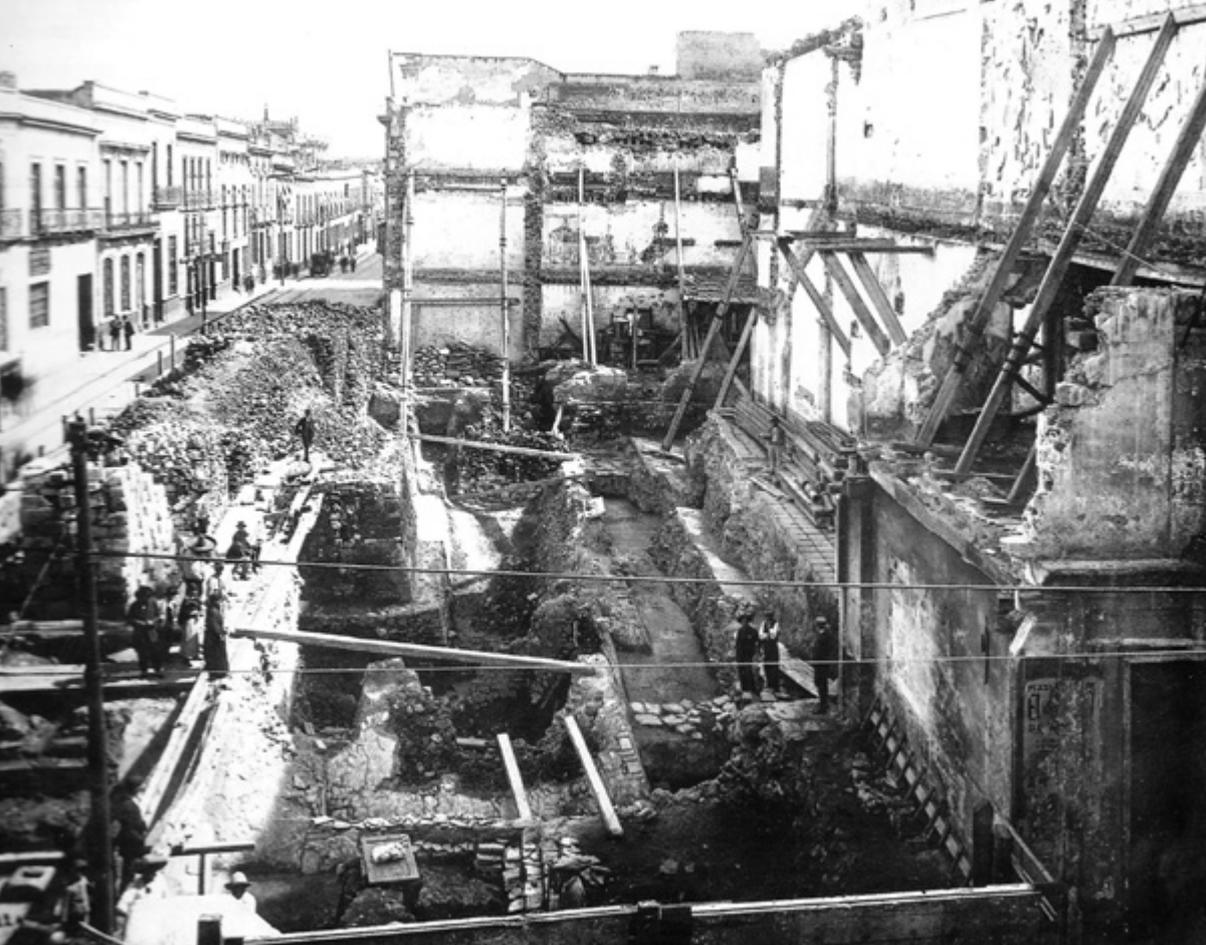


FIGURA 1. TEMPLO MAYOR. Esquina de Santa Teresa con la excavación de Manuel Gamio.
Imagen: ©Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Manuel Gamio en el Templo Mayor

Manuel Gamio, tras “sacudirle el tapete” a Francisco Rodríguez para lograr su cargo en la Inspección de Monumentos, apoyado por la Escuela Internacional de Arqueología (creación del Porfiriato), que entendió que un mexicano joven formado en Estados Unidos era quien tenía que asumir cargo de la Inspección, siguió con la obra de Batres: el Templo Mayor. Pero era 1913-14 y ya el mundo había cambiado; la ley de Conservación de Monumentos de Batres había sido reemplazada por la de Rodríguez y estaba publicándose la del propio Gamio. Y nuevamente fue por un hallazgo fortuito: la demolición de una casa puso a la vista las “escalerillas”. Pero actuó diferente: las escaleras estaban bajo la casa demolida, no las estaban cortando para pasar el conducto de drenaje. Gamio al verlas enteras decidió materializar el plano de Batres: consolidar cada escalera y quitar el relleno entre ellas —veía la pirámide desde arriba—, estableciendo el método para el futuro y que nadie ha alterado. El dejar las escaleras a la vista tenía varias ventajas por sobre otras formas de trabajo: se retiraba material en lugar de agregar, era poco lo que se consolidaba, generaba una visión impresionante de construcciones una sobre otra y se podía generar un discurso nacionalista e indigenista a ultranza. Su superior, Vasconcelos, feliz. Y seguramente Justo Sierra más aún. Y si bien permitió o impulsó a que otros investigadores escribieran sobre el tema, él mismo poco hizo ya que publicó un solo artículo sobre tamaña obra y es más épico que técnico. Creo que aún no había tomado conciencia de que estaba estableciendo un método de preservación nuevo.

El discurso indigenista revalorizado por la Revolución le dio los medios, pero, ¿cómo hizo Gamio para imaginar esto en forma diferente a Batres? Y ésta es una pregunta nunca hecha por historiador alguno. Fácil: se había descubierto la estratigrafía arqueológica. El hallazgo fue hecho por alguien a quien Gamio tenía tirria: William Holmes, amigo de Batres y autor de los dos tomos más importantes de la arqueología mexicana de su tiempo y jamás traducidos por esa pelea.

Era el especialista más reconocido del mundo en su tiempo, o al menos de Estados Unidos. Es decir, Gamio tenía la herramienta conceptual que le permitía entender las superposiciones, la que antes no existía; la geología se lo podía haber explicado mucho antes (efectivamente un geólogo lo hizo: Jorge Engerrand en 1913, pero en la arqueología fue alguien que se entrenó primero en dibujar paisajes montañosos (y estratificados) como fue Holmes. Gamio se apropió del sistema unos veinte años después de conocido y así excavó en Azcapotzalco, entendiendo por primera vez la superposición de culturas en el Valle..., pero se olvidó de citar a Holmes. Fue tan escandaloso que tuvo que reconocerlo más tarde. Pero para gran parte de los historiadores quedó como el inventor del método. Ya también otro norteamericano había hecho lo mismo y muy cerca, en Santiago Ahuiztola: se trataba de Raymond Tozzer y su secuencia cultural del Valle. Pero también fue olvidado como toda la Escuela Internacional que si bien lo llevó a la Inspección, era herencia del Positivismo Porfirista. Los amigos de antes ya eran enemigos de hoy.

En realidad, George Valliant y Raymond Merwin habían usado el método en la zona maya al excavar en Holmul en 1909, pero no lo publicaron en ese momento (1932). Gamio lo citó en 1910, pero eso no tuvo difusión ya que no lo presentó como método sino como una observación secuencial. Holmes había hecho lo mismo que Gamio pero mucho antes, en 1883 (publicado en 1885): establecer la secuencia de tres culturas (y una intermedia) en el Valle de México.

Esto, si fue un mexicano o un norteamericano, quien crea la estratigrafía de México, ha generado una enorme bibliografía sobre quién fue "el primero", nuevamente en tema del "inventor". Eran los años de la Revolución y México había roto relaciones diplomáticas con Estados Unidos, por lo que darles créditos por algo era complejo, entendamos los tiempos; precisamente Cuicuilco era una prueba para restablecer esas relaciones. Pero hubo escándalo

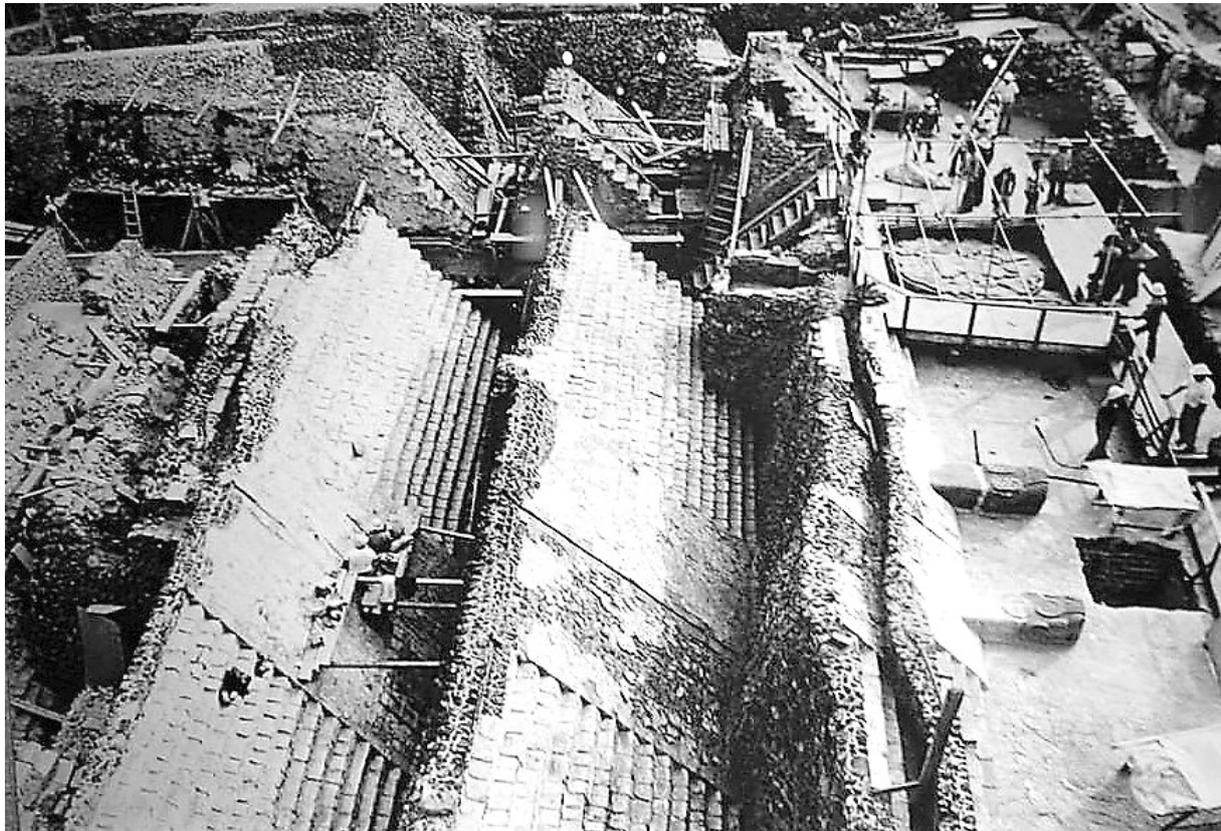


FIGURA 2. TEMPLO MAYOR. Vista de la excavación y restauración de las escalinatas superpuestas hacia 1990; al centro se ve el corte de la época de Batres, y hacia arriba de él la zona excavada por Gamio y la secuencia de superposiciones. *Imagen de autor desconocido, colección privada Buenos Aires, ca. 1900.*

por lo de la estratigrafía y Gamio lo que hizo fue tratar de separar el método, reconociendo que no era propio, del descubrimiento de una etapa nueva en la secuencia cultural a la que llamó "Arcaica". Pero cometió el mismo error: Herbert Spinden ya la había descubierto y publicado y llamado igual poco antes.

Manuel Gamio en Teotihuacan (y José Reygadas e Ignacio Marquina)

Gamio, en 1917 comenzaría un gran proyecto de carácter antropológico-arqueológico en Teotihuacan. Siguiendo las huellas de Batres y para avanzar sobre él, iría al mismo sitio. El significado que ya tenía el lugar lo hacía obligado porque Batres había llevado el ferrocarril y hasta al gobierno al centro del sitio y eso no era poca cosa. Fueron casi cinco años en que numerosas personas trabajaron allí, pero hubo dos de ellos que fueron los responsables de la restauración: José Reygadas Vértiz (que sucedería en su cargo a Gamio tras su paso a la Secretaría de Educación en 1925) e Ignacio Marquina. Eran jóvenes ambos, uno ingeniero, pero ya con trayectoria y el otro arquitecto en la tradición de Federico Mariscal. Reygadas tenía 33 años, Marquina dos menos.

Pese a la monumentalidad de la publicación que hizo Gamio sobre todo el trabajo hecho, en que se mezclan sin clara separación lo de Batres, Rodríguez y él, la única restauración fue la de La Ciudadela. No es que sea poco, es impresionante, pero no pasó de allí ya que todo lo demás que se presenta es de otros autores. ¿Cuál era la diferencia en la manera de encarar el trabajo —metodología diríamos— con sus precedentes?: poca. Salvo que en este caso se encontraron con la espectacular fachada del templo de Quetzacóatl en excelente estado de conservación. No perfecta pero bien visible, muchos elementos enteros en el piso que podían recolocarse y no era la etapa externa, era una época interna, lo que no existió en el Templo Mayor. Y la decisión de intervención fue clara: hacer lo mismo que en el Templo retirando escombros de rellenos y reconstruyendo escalinatas y fachadas. Se cometieron errores, era lógico porque no había experiencia, pero fue un trabajo magnífico para mostrar la superposición. Y reconstruyeron todo el perímetro externo, el enorme rectángulo con basamentos y escalinatas, donde también hay decenas de fallas, pero fue un trabajo de envergadura excepcional. Quedaba instalado el sistema que dibujó Batres, que Gamio usó en el Templo Mayor y que ahora en Teotihuacan y con el marco conceptual de la estratigrafía, se establecía para siempre, al menos dentro de los edificios del Altiplano, casi incluso en los de tradición Mexica, ya que hubo sitios de la región en que no se usó. Y ni hablar de la zona maya en que se estaba trabajando de manera diferente, valgan las restauraciones de Migue Ángel Fernández en Chichén Itzá, en Uxmal con Frans Blom y otros sitios mayas o a partir de 1924 la Carnegie en Chichén Itzá. Ya para 1920 era claro que en cada región se restauraba diferente, no porque la arquitectura o las superposiciones lo fueran, sino por métodos y decisiones teóricas establecidas.

Gamio en Santa Cecilia y Tenayuca (y Reygadas y Marquina), y el final de una época

En 1921 Gamio, o al menos su Dirección, comenzó a explorar Teopanzolco. Para trabajar ahí fue Reygadas, y actuó de manera similar aunque quizás yendo más lejos: realizó una reconstrucción completa la estructura externa, dejando libre parte del relleno donde reconstruyó las escaleras internas de la segunda etapa, lo que hace que el visitante tarde en entender de qué se trata ese edificio tan complejo. Pero el sistema estaba establecido. El caso siguiente fue Santa Cecilia Acatitlán (en 1923-24), ejemplo en que ya se tenía la idea de la existencia de la doble escalera frontal, lo que había generado errores en los casos anteriores, como fue la falta de dados en las alfardas y tantos otros detalles. Pero sólo se consolidó la pirámide externa sin penetrar en el interior. Esto hizo que más tarde, en 1961, se la reconstruyera completa y que quedara así hasta el presente en que se ha restaurado una falsificación. Algo como fue restaurar el palacio del Quetzapapálotl, arreglando lo falso como si fuera antiguo.

En 1925 Reygadas fue enviado con Marquina a Tenayuca. En este caso no era sólo restaurar y abrir el sitio al turismo, era tratar de establecer un nuevo proyecto como Teotihuacan ya que la idea de Gamio de hacerlo en Chichén Itzá acababa de cortarse al entregar –política mediante– el sitio a la institución Carnegie. Y eso se ve en el gran libro que se publicó Reygadas en 1935, lo que no hubo sobre los lugares antes descritos y otros más que no analizamos. La exploración mostró que bajo la etapa deteriorada superior había un doble templo mexica en muy buenas condiciones, y luego mediante túneles se supo que había cinco etapas. Y si bien se decidió usar el mismo sistema de dejar las dos grandes escalinatas a la vista no se hizo lo mismo con las interiores, cosa que si bien era una alteración al modelo de intervención de restauración, parecida a Teopanzolco, no queda muy clara la decisión. Asumimos que esa manera de trabajar fue debida a los problemas surgidos porque Gamio tuvo que renunciar envuelto en escándalos de corrupción y se fue del país, Reygadas estaba a cargo del tema, pero ya no tenía su superior amigo; sus sucesores no se caracterizaron por el impulso a la arqueología. No debemos ver como casual que Gamio viajó a Guatemala a integrarse al grupo de la Carnegie que trabajaba en Kaminaljuyú, y luego fue por muchos años a vivir en Estados Unidos. Luego llegaría Moisés Sáenz a esa Secretaría y si bien impulsó la cultura como pocos, por otra parte formó su propia colección privada de arqueología, la mayor del país hasta hace pocos años. La obra de Reygadas como restaurador de arquitectura arqueológica, y como aporte a la ciencia mexicana, espera mayores estudios.



FIGURA 3. TENAYUCA. Sistema de escalinatas reconstruidas superpuestas con paso interior, los cambios coinciden con la salida de Gamio de su cargo. Imagen: A. Lomónaco, 1977.

Conclusiones

Si nos enfrentamos hoy al Templo Mayor vemos una formidable obra de restauración. Un trabajo de arqueología único en el continente, pero en el que la restauración y puesta en valor del sitio es fundamental. No entramos a explicarnos el por qué fue posible hacerlo y continuarlo; esos son otros temas. Sus antecesores ni siquiera plantearon la posibilidad de excavar más que lo que quedaba a la vista por casualidad, Eduardo Matos llevó adelante este emprendimiento único. Pero no deja de resultar llamativo que el criterio de intervención adoptado haya nacido y crecido en ese mismo sitio y que Matos haya sido el historiador de Gamio y, aunque menos, de Batres. Matos lo exaltó al primero como el punto más alto de la antropología mexicana —coincidía con su postura en los ideales del Mayo Francés de 1968—, y luego con Batres cuando llegó el tiempo de reconsiderarlo una vez apagada la apologética de la Revolución Mexicana y entendida en sus justos términos. Y que quien estableciera el método y la forma de concretarlo, José Reygadas Vértiz, quedara olvidado por la apropiación que hiciera Marquina de toda su obra en sus grandes compilaciones como la de 1928 y luego ampliada en 1951 (en su *Arquitectura prehispánica*, INAH). Al final la enseñanza de Gamio de que el jefe se apropia de todo la continuó Marquina, por eso se destaca tanto el libro sobre Tenayuca, por darle los créditos a cada quien por lo que realmente hizo.

En lo que sí podríamos coincidir con Viollet-le-Duc es en la imagen que estos sitios dejan al visitante: “Restaurar un edificio no es mantenerlo, ni repararlo, ni rehacerlo, es restablecerlo en *un estado completo que pudo no haber existido nunca*”. Y así como los vemos no existió jamás, eso es cierto.



FIGURA 4. TEMPLO MAYOR. Vista actual reforzando la mirada frontal, simétrica, superpuesta de escalinatas y por suerte consolidando las intervenciones anteriores: el resultado es, como pedía Viollet-le-Duc: “llevarlo a un estado que pudo no haber existido nunca”. *Imagen del autor, 2016.*

Por suerte, y no es nada menor, se dejó bien claro lo que había hecho Batres y lo de Gamio, es decir, aunque sea por su propia fuerza material, quedaron claras las intervenciones anteriores que se suman al conjunto. El Templo Mayor también es una historia de los criterios adoptados por la restauración en México.

Los sucesos de esa historia no se hicieron leyendo a Viollet-le-Duc o Mérimée, más allá de un párrafo anterior que no es más que un juego de ideas. Es lógico suponer que sin el Positivismo europeo nada de esto hubiera existido, menos sin la Ilustración que inició el reconocimiento del pasado y su significación, pero los mecanismos de las influencias no son directos. América Latina tiene mucho que decir en la historia de la restauración y sigue esperando que la estudiemos con una mirada diferente.

Referencias

- Adams, Richard (1960) "Manuel Gamio and the stratigraphic excavation", *American Antiquity* 26(1): 99.
- Bernal, Ignacio (1952) "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha", *Cuadernos Americanos* LXV(5): 121-145.
- Bernal, Ignacio (1979) *Historia de la arqueología en México*, Porrúa, México.
- Browman, David L. (1996) "Stratigraphic excavation: The first New Archaeology", *American Anthropologist* 98(1): 80-95.
- Díaz-Andreu, Margarita (1998) *A world history of nineteenth-Century archaeology: Nationalism, colonialism, and the past*, Oxford Studies in the History of Archaeology, Oxford.
- Engerrand, Jorge (1913) "Discurso inaugural a la exposición de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas", *Boletín del Museo Nacional de México* 2(1): 263-265.
- Gamio, Manuel (1913) "Arqueología de Azcapotzalco, D.F., México", In: *Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists, London, 1912*, Harrison and Sons, London, pp. 180-187.
- Gamio, Manuel (1920) "Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de Mexico", *American Anthropologist* 22(2): 127-143.
- Gamio, Manuel (1959) "Boas: sobre cerámica y estratigrafía", In: Walter Goldschmidt (ed.), *The anthropology of Franz Boas: Essays on the centennial of his birth*, Memoir Number 89 of the American Anthropological Association, Volume 61, Number 5, Part 2, October 1959, pp.117-118.
- Hernández Pons, Elsa (1988) "José Reygadas Vértiz", In: *La antropología en México: panorama histórico*, Volumen 11, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 294-310.
- Holmes, William (1885) "Evidences of the antiquity of man on the site of the city of Mexico", *Transactions of the Anthropological Society of Washington* III: 68-81.

- Holmes, William (1895/97) *Archaeological studies among the ancient cities of Mexico*, Field Columbian Museum, Chicago.
- Matos Moctezuma, Eduardo (1972) *Manuel Gamio: arqueología e indigenismo*, Sepsetentas, México.
- Marquina, Ignacio (1951) *Arquitectura Prehispánica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Merwin, Raymond E. and George C. Vaillant (1932) *The Ruins of Holmul, Guatemala*, Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Volume III, Number 2.
- Molina Montes, Augusto (1975) *La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Reygadas Vértiz, José (ed.) (1935) *Tenayuca: estudios arqueológicos de la pirámide de este lugar hecho por el Departamento de Monumentos Arqueológicos de la Secretaría de Educación Pública*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Ruskin, John (1994) [1849] *Las siete lámparas de la arquitectura*, Ediciones Coyoacán, México.
- Schávelzon, Daniel (1990) *La conservación del patrimonio cultural en América Latina: restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica*, Instituto de Arte Americano, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Schávelzon, Daniel (1999) "The origins of stratigraphy in Latin America: the same question, again and again", *Bulletin of the History of Archaeology* 9(2):1-10.
- Strug, David (1971) "Manuel Gamio, la Escuela Internacional y el origen de las excavaciones estratigráficas en las Américas", *América Indígena* XXXI(4): 825-844.
- Tozzer, Alfred M. (1911) *A preliminary study of the prehistoric ruins of Tikal, Guatemala*, Memoirs of the Peabody Museum of archaeology and ethnology, Volume V, Number 2, pp. 93-135.
- Willey, Gordon (1981) "Spinden's Archaic hypothesis", In: John D. Evans, Barry Cunliffe and Colin Renfrew (ed.), *Antiquity of man: Essays in honor of Glyn Daniel*, Thames and Hudson, London, pp. 35-42.
- Willey, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff (1974) *A history of American archaeology*, W. H. Freeman and Co., San Francisco.
- Willey, Gordon (1994) "The archaeology of William Henry Holmes" (Reseñado por David J. Meltzer y Robert C. Dunnell), *Journal of Field Archaeology* 21(1):119-123.